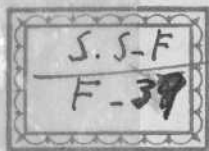


R. 7639

# La Iglesia Católica Maestra

## y Educadora de los Pueblos



### DISCURSO

leído en la Solemne Inauguración del Curso  
Académico de 1931-1932 en el Seminario Conci-  
liar de Osma, por el Dr. D. José de Dueñas y  
Sánchez, Canónigo de la S. I. Catedral y Ca-  
tedrático de Historia Eclesiástica y Patrología.



BURGO DE OSMA  
IMPENTA Y LIBRERÍA DE JIMÉNEZ.  
1931.



*Excmo. y Rvmo. Sr.:*

*M. I. Autoridades:*

*Distinguidas Comisiones:*

*Amados Colegiales:*

*Respetable Auditorio:*

**S**e ha dicho con razón, que sólo la Religión Católica ha producido la Caridad del apostolado. Estudiad las falsas religiones y civilizaciones antiguas. Habrán tenido sus sabios, sus filósofos, sus maestros; pero su labor de proselitismo no ha transcendido de los límites de sus naciones; y aun más, en la mayoría de los casos, de un reducido número de alumnos, entre los cuales únicamente el fundador de una secta desenvolvía el sistema doctrinal, que permanecía oculto a los ojos del pueblo. ¿Qué hizo China, India, Persia, Egipto, Grecia, y Roma por la difusión de sus doctrinas en el mundo entero?

¿Dónde están sus apóstoles, sus misioneros, y sus mártires? El apostolado que tuviera por objeto la salvación del mundo entero era completamente desconocido a la antigüedad. Esto es un hecho histórico, cierto e innegable.

Pero llegó un día, en que el legislador divino abrió sus labios para pronunciar unas palabras, que marcaron en el correr de los siglos una nueva época en la Historia de la Humanidad. Recordémoslas: «*Id y enseñad a toda criatura*» (1). Palabras augustas, que habrán de encontrar eco en almas generosas y heroicas, las cuales, atraídas por este precepto divino, subirán la cuesta de la montaña en cuya cima pende la víctima, que murió, no por la salvación de un pueblo, sino de la Humanidad entera: abrasarán después, sus corazones en ese horno infinito de caridad que se llama el Corazón de Cristo; pondrán, a continuación, un ósculo de amor en los pies benditos del mártir del Gólgota, dejarán finalmente que sobre sus frentes descienda una gota de la sangre redentora, para marchar veloces por todo el mundo, como portadores de la única y verdadera doctrina, en que está encerrada la salvación, no sólo eterna, sino también temporal de la Humanidad.

Y si me preguntáis, señores, la causa de este misterio, a saber: porqué toda doctrina humana

---

(1) Matth. XVIII, 18.

cuanto a su expansión, no es más que un cadáver; y que, al contrario, la doctrina católica bajo este concepto, es una doctrina viva, os respondería con uno de los más ilustres apologistas del Cristianismo, Lacordaire, que sólo la verdad es caridad, y que poseyendo sólo nosotros la verdad, nosotros sólo también poseemos su incomunicable calor. Venimos del seno ancho y universal de Dios, venimos de la región donde viven eternamente abrazados la luz y el amor. El río que desciende de las montañas cubre naturalmente el llano de mil canales. Otra cualquiera doctrina viene de abajo: viene del hombre, de su corazón estrecho, de su entendimiento más estrecho aún, de su orgullo más estrecho que ambos; viene de su egoísmo y vuelve al egoísmo. No va ella al mundo sino que llama el mundo a sí. A nosotros, hijos de Dios nacidos en la eternidad de una palabra de su alma, nos estimula siempre la caridad, y no nos deja sino el reposo del sacrificio que ha sido nuestra cuna (2).

Y al estudio y conocimiento de esta doctrina de Cristo, que es la doctrina bendita del amor, hemos de consagrar el curso de 1931 a 1932, y que hoy solemnemente inauguramos en este nuestro amadísimo Seminario Conciliar colocado bajo la protección del inmortal amante de la Ciencia de Dios, Domingo de Guzmán; inaugu-

---

(2) Lacordaire. Conferencias de París, 1843-1844.

ración que hacemos bajo los auspicios del Espíritu Santo, fuente de toda inspiración y de toda verdad, y al que hemos invocado en la celebración del Santo Sacrificio de la Misa; alentados con la presidencia de nuestro venerabilísimo Prelado, prócer propulsor de la educación de nuestros futuros sacerdotes; estimulados con vuestra asistencia, ilustres autoridades y beneméritas comisiones, que enalteceis este acto con vuestra presencia y esperanzados en vuestra labor abnegada, amados seminaristas, que ofrendais las primicias de vuestra juventud y el entusiasmo de vuestros robustos y plétóricos de vida corazones a la mejor de todas las causas; que es la Causa de Dios, de Cristo y de su Iglesia.

Teniendo esto presente, al tener, señores, en los actuales momentos el honor inmerecido de dirigidos mi pobre y estéril palabra, y contando con vuestra reconocida benevolencia, que nunca será estimada ni reconocida bastante, y a la que confiado me encomiendo he creído oportuno desarrollar brevemente a la luz de las fuentes históricas la abnegada labor, que la Iglesia, espoleada por esta caridad del apostolado que acabamos de mencionar, ha realizado en orden a la educación de la juventud; labor, que siempre la merecerá el honroso título de *«Maestra y Educadora de los pueblos»*.

Comienzo sentando un principio que puede servirnos de fundamento en nuestra modesta



disquisición histórica, a saber, que la Iglesia tiene perfectísimo derecho a ejercer en la sociedad la nobilísima tarea de la educación, y por cierto, independiente de cualquiera potestad terrena, tanto en el origen como en su desarrollo, lo mismo en su objeto propio, como en los medios adecuados para cumplirla.

El actual Pontífice, Pío XI, en su luminosa Encíclica sobre «*La Educación Cristiana de la Juventud*», señala el sujeto activo de esta, que corresponde a tres sociedades: la Familia, el Estado y la Iglesia, en una medida proporcional y correspondiente a la coordinación de sus respectivos fines, según el orden actual de la providencia establecido por Dios.

A la Familia, la corresponde en razón a su fin primordial, cual es la procreación y educación de la prole; mas como es sociedad imperfecta, pues no encierra en si todos los medios para el propio perfeccionamiento, he aquí, porqué la sociedad civil ha de suplir las deficiencias de la enseñanza familiar, y por consiguiente, tiene por su misma naturaleza derecho a la educación en razón de ser perfecta.

A la Iglesia, finalmente, la pertenece de un modo supereminente, por dos títulos de orden sobrenatural exclusivamente concedidos a Ella por el mismo Dios, y por esto absolutamente superiores a cualquier otro título de orden natural. El primero consiste en en el mandato divino

de su egregio Fundador; el segundo, en la maternidad sobrenatural que ejerce sobre las almas.

«*Id y enseñad a todo el mundo*» dijo Cristo; palabra «*todo el mundo*», en que está encerrado de un modo especialísimo el niño, el jóven; por eso cuando llega un día en que los apóstoles apartan a los niños, que rodeaban al Maestro Divino, este les reprende, con aquellas memorables palabras, que constituyen el fundamento de toda la Pedagogía cristiana: «*Dejad que los niños se acerquen a mí*» (3).

Esto es: no solo no los impidais que vengan a mí, sino traedles, impeledles, hacédles venir; porque de mi mandato expreso «*enseñad a toda criatura*» no había de hacer una excepción, precisamente, para la criatura más necesitada de educación «el niño».

El segundo título, según hemos dicho, es, en expresión del citado Pontifice, la maternidad sobrenatural con que la Iglesia, Esposa Inmaculada de Cristo, engendra, alimenta y educa las almas en la vida divina de la gracia con sus Sacramentos y sus enseñanzas.

Y porque la Iglesia, señores, siente en sus mismas entrañas esta ternura maternal, habrá de llevar al niño para que aprenda y empiece a saciar la sed de verdad que experimenta, no a

---

(3) Marc. X, 14.

las cisternas de las aguas cenagosas del error y del vicio, sino a los raudales de agua viva, que brotan, no de la peña golpeada por la mano del hombre, siquiera esta sea la del legislador de Israel, Moises; sino de la peña del Corazón de Cristo, que peña se le llama en la Sagrada Escritura, que al ser herida por la lanza del soldado produjo de sí aquel manantial de aguas vivas, que son las únicas que pueden saciar la sed inextinguible del hombre; porque este no puede vivir sin luz y sin amor; y esta luz y este amor; no se encuentran sino en el Corazón del Dios humanado.

Así pues, y vuelvo a usurpar palabras de Pío XI, la Iglesia con pleno derecho promueve las letras, las ciencias y las artes, en cuanto son necesarias o útiles para la educación cristiana, y además para toda su obra de la salvación de las almas, aun fundando y manteniendo escuelas e instituciones propias en toda disciplina y en todo grado de cultura. Ni se ha de estimar como ajena a su magisterio maternal, la misma educación física, como la llaman precisamente porque tiene ella razón de medio que puede ayudar o dañar a la educación cristiana.

Esto supuesto, ilustre auditorio, reseñemos con la mayor brevedad posible, la ingente labor que la Iglesia ha desarrollado a través de los siglos en orden a la educación de la juventud, siempre estimada por Ella, según se expresara con



acierto S. Gregorio Nacianceno, como el arte de las artes y la ciencia de las ciencias (4).

Estableciendo el matrimonio uno e indisoluble y constituyendo a los hijos como un depósito que Dios ha confiado al cuidado de los padres, comienza la Iglesia fomentando la educación. Desde sus mismos orígenes, funda catequesis y catecumenados; y exhorta por sus pontífices a esta benemérita misión docente: como encontramos un ineludible argumento en una carta de San Clemente a los corintios de la que tomo las siguientes palabras: Paréceme cosa convenida entre todas las personas razonables, que tiene primer lugar entre los bienes humanos la educación, no solo ésta nobilísima educación cristiana que busca la salvación eterna, sino también la profana (5). Y no solamente, señores, la Iglesia exhorta a la educación la Juventud, sino que quiere como amorosa madre desde los primeros siglos, que la enseñanza sea alegre, atractiva, convirtiendo la escuela, no en lóbrega prisión, sino en una continuación del hogar familiar; como notó muy bien San Agustín en su obra *«Sobre la manera de enseñar el Catecismo a la gente sencilla»*, insistiendo, en que el maestro enseñe con alegría, haciendo deleitable la estancia del niño en la escuela. Pero un testimonio, aun si quereis más elocuente, de la gran labor peda-

(4) Oratio II, P. 6.

(5) Clem. ad Cor. I. Funk. Patres Apostolicis



gógica que la Iglesia desarrolló en sus primeras centurias, nos lo ofrece el impío Juliano el Apóstata, el cual queriendo asestar un golpe mortal a la vida de la Iglesia, no estimó otro más seguro que este: prohibir la educación cristiana de la juventud.

A este fin estima lo más conducente a su secretario propósito el impedir a los cristianos que ejerzan la Profesión del magisterio, y el cerrar, por todos los medios que vengan a su alcance los centros docentes, que habían sido establecidos por la mano maternal y próspera de la Iglesia.

Por una ley del 17 de junio del año 362 y por uno o dos edictos más priva a las ciudades del derecho de nombrar maestros para las cátedras fundadas dentro de sus manos, a no ser, que se tratase de personas afectas a la ideología del emperador.

En un edicto declaró que todos los que se dedicasen a la enseñanza debían tener imbuídas sus almas únicamente en las doctrinas que están conformes con el espíritu público. «Para Juliano el espíritu público era la creencia en las divinidades y el rencor al cristianismo. El emperador fué todavía más adelante. Juliano prohibió a los cristianos incluso el que frecentasen las escuelas, por el temor, según expresión suya, de que si limasen sus lenguas respondieran con más facilidad a la dialéctica de los paganos» (6).

(6) Monrret. Historia de la Iglesia, t. II.

Tal fué, señores, la legislación escolar del perseguidor de la iglesia en el siglo IV, y que hizo exclamar a S. Gregorio Nacianzo en uno de sus memorables discursos: «En nada se mostró Juliano tan odioso. Todo el que ame la elocuencia, comparta conmigo una justa indignación».

Cumplida con todo rigor, beneméritos maestros católicos, entre los cuales se destacaban Victorino en Roma y Prohesio en Atenas, y otro gran número de médicos y retóricos, según nos refiere San Juan Crisóstomo, se vieron obligados abandonar sus cátedras antes que desertar de su religión. La prematura muerte del impío debeleador de la educación cristiana evitó que no fuera más desastrosa su funesta actuación. En el año 364 Valentiniano la retiró oficialmente y de nuevo la libertad de enseñanza comenzó a estar vigente en el imperio, siéndole factible ya a la Iglesia, a continuar su excelsa misión educativa, una vez desaparecidas aquellas trabas que la habían sido colocadas por el odio sectario para interceptar la marcha triunfal que inaugurase el mismo día que recibiera de su egregio Fundador la noble tarea de redimir a la humanidad, rompiendo dos vergonzosas cadenas que la tenían enclavizadas: la del error en el entendimiento, y la del pecado en la voluntad.

La legislación escolar de Juliano será resucitada a través de los tiempos, presentándola sus innovadores como un adelanto pedagógico, pro-

pio del progreso de los tiempos modernos, cuando en realidad no será otra cosa que triste parodia de la funesta obra docente de un emperador apóstata del siglo IV.

Continuando nuestro bosquejo histórico, notemos la gran importancia, señores, que la Iglesia desde sus mismos orígenes concedió a la educación de la mujer. Si consultamos los datos que se conservan de la célebre escuela de Alejandría, a la que asistían un gran número de mujeres y cuyo plan de estudios abarcaba Dialéctica, Física, Geometría, Astronomía, Moral y Metafísica, si leemos «El Pedagogo», de uno de sus más esclarecidos maestros, S. Clemente y si examinamos las célebres cartas de S. Jerónimos, pudéramos muy bien afirmar, que lejos de haber progresado, se ha retrocedido en educación femenina de los pueblos (7).

Cierro esta época de los cinco primeros siglos de la Iglesia con dos testimonios, que hablan más alto que todos los datos, que os pudiera aportar.

Platón había escrito: «Difícil es hallar al Artífice y Padre del Universo; más darlo a conocer a todos es imposible» (8). Así opinaba la antigüedad pagana por uno de sus más ilustres represen-

---

(7) Gregorio de Tours. Panegírico de orígenes. Monrret. Historia de la Iglesia. t. II.

(8) Tertuliano. «Apologétiens». Citado por Guitart. La Iglesia y el Obrero.

tantes. Que esta imposibilidad, que encontraba el fundador de la academia, la había vencido con su paciente y abnegada labor el Cristianismo, nos lo reflejan unas palabras del maestro de los oradores sagrados, San Juan Crisóstomo, cuando describiendo el estado de su época y como la cultura se extendía por las más bajas clases de la sociedad, escribe: La Cruz de Cristo ha hecho de los labriegos filósofos.

Aquí tenéis, señores, la gran obra educativa que la Iglesia había empezado a realizar. La Iglesia extendía la instrucción a los humildes, a los sencillos, a los pobres; y que esta práctica estaba en contradicción con las normas de la época, nos lo dá a conocer el segundo testimonio de que antes os hababa. Minucio Félix nos ha reflejado en un diálogo la indignación del mundo pagano al contemplar la difusión de la cultura hecha por el Cristianismo. Son los interlocutores un filósofo pagano llamado Cecilio y un cristiano por nombre Octavio. El pagano dice «No es posible de dejar sentir indignación y pena al ver que hombres rudos, profanos en letras, ejercitados en artes sórdidas, se atreven a hablar con seguridad sobre el conjunto majestuoso del universo acerca de lo cual no han podido ponerse de acuerdo tantas escuelas filosóficas en toda la serie de los siglos. Responde el cristiano: Sabed que todos los hombres sin distinción de edad, sexo, ni dignidad, han sido crea-



dos capaces y hábiles para sentir y razonar; y que no por beneficio de la fortuna, sino por condición de naturaleza son aptos para alcanzar la sabiduría» (9). ¡Honroso título de gloria para la misión docente de la Iglesia, que la gentilidad la reprochará de haber extendido la cultura hasta las clases más humildes! Semejante reproche se repetirá en el transcurso de los siglos. El mismo Voltaire, en una carta fechada en 28 de febrero de 1763, daba las gracias y felicitaba a correligionarios suyos, que combatían a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, porque se dedicaban a la educación de las clases humildes, enseñando a leer y escribir a personas, que según el, «no habían de saber otra cosa que manejar la lima y el cepillo» (10). La educación del pobre y del humilde la trajo, pues, al mundo la Iglesia en medio del escándalo de la paganidad y de la censura de la Enciclopedia. Cuando la impiedad, señores, acuse a la Iglesia de no haber atendido al pueblo, lo que acabamos de exponer, no lo olvidemos nunca.

Hemos llegado al tiempo de la invasión de los bárbaros, que dió al traste con antiguas civilizaciones. ¿Y quién será, señores, la que se acerque a estas razas de indómita fiereza para convertirlas, educarlas, ilustrarlas y formar con

---

(9) Octavius, cap. V.

(10) Obras completas de Voltaire. Ed. F. Didot. Guitart. La Iglesia y el Estado.

ellas nuevas generaciones, que constituyan más tarde los grandes estados europeos, sino la que es por excelencia la Maestra y Educadora de los Pueblos, la Iglesia Católica?

Un autor frances de reconocida autoridad, H. Taine, en su obra «*Les origenes de la France contemporaine, Páncien regime*», describe en estos términos el esfuerzo de la Iglesia»: Durante más de quinientos años, la Iglesia salva lo que aún se puede salvar, la cultura humana. Ella va guiando a los bárbaros, o les conquista luego de la invasión. El Obispo con mitra y el abad de cabeza tosurada toman asiento en las asambleas entre los caudillos de larga melena y al lado de los reyes con mantos de pieles; aquellos son los únicos que saben escribir y discutir. Secretarios, consejeros, teólogos participan en los edictos, intervienen en el gobierno, trabajan por poner orden en el inmenso desorden, por establecer o por mantener la piedad, la instrucción, la justicia, la propiedad y sobre todo el matrimonio. La Iglesia conserva en sus iglesias y conventos los antiguos progresos del género humano, la literatura, la arquitectura, la pintura, las artes, las industrias y sobre todo el mejor de todos los avances humanos y el más contrario al humor vagabundo del bárbaro rapaz y perezoso, esto es, el hábito y la aficción al trabajo»(11). ¡Precioso testimonio, que enaltece

(11) Monrriet. Historia de la Iglesia, t. IV.

la noble misión cultural que la Iglesia durante varias centurias desempeñó dentro del seno de pueblos indómitos y que fué digna continuación de la que había realizado en medio de la sociedad pagana, convirtiéndole con la palabra de sus apóstoles, con el ejemplo de sus confesores, con la pureza de sus vírgenes y con la sangre de sus mártires!

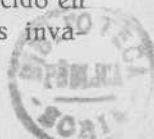
Desenvolviendo este esfuerzo de la Iglesia para infiltrar el espíritu cristiano en el mundo bárbaro, reseñemos en primer lugar el Concilio de Vaison, que constituye un paso gigantesco en la labor educativa, que por su Divino Fundador la había sido confiada. Celebrado en el año 529, manda a los sacerdotes que tengan cargo de parroquia que reciban y enseñen en su casa a jóvenes, según la saludable costumbre introducida en Italia; canon que hizo exclamar más tarde a Ozanan: «con el Concilio de Vaison se introdujo la educación pública en la edad media». Al existir, pues, en todos los pueblos parroquias, en todas ellas se establecen escuelas públicas sostenidas y regentadas por la Iglesia. He aquí el origen de las escuelas municipales o nacionales de nuestros días. Si hace unos momentos reclamábamos para la Iglesia la paternidad de la enseñanza gratuita para los pobres, reconozcámosla precisamente en el siglo VI como la que dió vida y favoreció el desarrollo de los establecimientos docentes de que hoy día



gozan nuestras poblaciones; escuelas, que ella sostenía con sus propios fondos, hasta que en un día aciago la Revolución la despojó de sus riquezas, que constituían el patrimonio de la caridad y de la cultura en los pueblos, porque con ellas se enjugaban las lágrimas de los pobres y se ilustraba la mente de los humildes.

Mientras que el clero parroquial cédica esta atención preferente a la enseñanza pública, los monjes encerrados en los benditos claustros de los monasterios se dedican a una pacientísima labor, sin la cual la moderna cultura europea hubiera sido imposible. El progreso de la ciencia lo podemos comparar a una pirámide, que se erige en un llano. Con la aportación de nuevos materiales que descansan sobre los ya existentes se va elevando hasta alcanzar su cúspide. Así en esta pirámide de la ciencia y del progreso cada generación ha de aportar el tributo de su laboriosidad, que ha de cimentarse en la de las generaciones pretéritas.

Ahora bien, la generación del Renacimiento no hubiera podido apoyarse en la de la antigüedad, sino se hubieran conservado las producciones del mundo antiguo, lo que no hubiera tenido lugar, si los monjes en sus monasterios, no hubieran transcrito códices y archivado pergaminos, que de otro modo hubieran perecido en aquellos días, en que hordas de bárbaros inva-



dían Europa, convirtiéndolo todo en sangre y fuego.

Con razón, un ilustre crítico moderno, Siltre de Saey, pudo escribir: «Figuraos lo que sería la literatura moderna, el pensamiento moderno, si se cercenase la historia de los Concilios, de las órdenes religiosas y de los Papas, que por espacio de mil años han gobernado con sus bulas al mundo, que los antiguos romanos justamente podían sujetar a su yugo con sus emperadores y sus legiones» (12).

De nuevo vuelvo a pedir os otro tributo de admiración para la Iglesia, porque sin la labor abnegada de los monjes no existirían hoy esas grandes bibliotecas, monumentos de cultura y civilización. Mas, no llega a esto solo la misión pedagógica de los monasterios. Ellos son asimismo los que enseñan a los bárbaros el trabajo de la agricultura, a lo que no estaban acostumbrados, formándose casi siempre alrededor de sus abadías importantes núcleos de poblaciones, de los que traen origen la mayor parte de los Estados medioevales. Además, en muchos de ellos existían escuelas, ordenándose en sus constituciones, que los maestros tengan entrañas de padres para con sus alumnos; que a estos se les estimule con premios y sus planes de Estudio comprenden ordinariamente dos secciones.

---

(12) Prefacio a las Cartas de S. Francisco de Sales.

Artes y Ciencias. La de Artes abarca: Gramática, Retórica y Dialéctica. La de Ciencias: Aritmética, Geometría, Música y Astronomía. Semejantes centros, pueden ser considerados como el preludio de los establecimientos de Enseñanza Secundaria, que bajo la misma influencia de la Iglesia alcanzarán más tarde su perfecto desarrollo. Otra prueba, y no pequeña, de la protección que la Iglesia dispensaba a la Enseñanza, nos la ofrece el gran protector de las letras, Carlomagno. Cuando llega un día en que el emperador quiere fomentar la cultura en sus vastos dominios ¿a quien acude? La solución la obtendremos recordando el nombre de sus colaboradores: Alcuino, Paulo Diácono, Pedro de Pisa, Teodulo, Luidrado y Arno. Todos ellos eclesiásticos.

Alborea el siglo XII. El espíritu educativo de la Iglesia continua desarrollándose. A la escuela parroquial y monástica se viene a unir la catedralicia. A este fin los cabildos ceden sus claustros para que en ellos se dé la instrucción; razón por lo cual, la Corporación de catedráticos, para honor de la Iglesia, aun hoy día, sigue conservando el nombre de «*Claustros de Profesores*».

¿Y cual es el honor, señores, que las Iglesias Catedrales dispensarán al Maestro? La Iglesia, siempre ha sabido honrar y distinguir a los que se han consagrado a la enseñanza de sus semejantes. ¿Porqué si para enseñar a los pueblos

bárbaros el amor al trabajo introdujo en algunas abadías expresivas ceremonias, como la que tuvo lugar en el Monasterio de Cusanzo, en el cual los domingos al llegar durante la celebración de la Misa el momento del ofertorio, los labriegos que habían estado trabajando durante la semana, subían las gradas del altar para que el sacerdote celebrante revestido con los sagrados ornamentos, depositara un beso en sus manos ennoblecidas por el trabajo, al mismo tiempo que les entregaba un pan bendito; la que así honraba al que consagraba su vida a roturar esta tierra material que pisamos para dejar caer en el surco abierto con el sudor de su frente el grano de trigo que germinará y se convertirá en espiga; ¿cómo no había de enaltecer, dignificar y ennoblecer al que sea había entregado a la labor de roturar, no la tierra que tenemos bajo nuestras plantas, sino esa otra más excelsa, incomparablemente más grande y elevada de la inteligencia del hombre, destello de la luz increada, para dejar después caer en el surco humano, no el germen del pan del cuerpo, sino el del pan del alma que es la Verdad que sostiene y vivifica los espíritus?

Por eso, la Iglesia dignificará al Maestro, sentándole en el Cabildo de sus catedrales; pero una simple canongía parecerá todavía poco; y entonces es cuando para él se creará una dignidad nueva, la de Maestrescuela, que por lo me-

nos en cuanto al nombre, se conserva aun hoy día en nuestros coros.

Continuando nuestro bosquejo histórico, llegamos a la formación de las Universidades. A la Iglesia, señores, para la que hemos vindicado la enseñanza gratuita, la instrucción del pobre, las escuelas parroquiales, monásticas y catedralicias, los establecimientos de enseñanza superior y la conservación de las bibliotecas, nos vemos precisados a concederla también el origen de las actuales universidades. ¿Cual fué este? El espíritu de asociación, que comenzó a reinar en la Edad Media, hizo que en poblaciones numerosas, muchos de estos centros anteriormente citados, se agrupasen, reuniéndose en uno solo profesores y alumnos y que recibiría el nombre de Estudios Generales y más tarde Universidades. Aquí teneis su origen (13). ¿Quiénes fueron, pues, los que enaltecieron con su prestigio la Universidad, conocida más tarde por la Sorbona, nombre derivado del capellan del rey San Luis, Roberto Sorbon, que la dotó espléndidamente, sino aquellos religiosos llamados Tomás de Aquino, el más santo de los sabios y el más sabio de los santos, y Juan Duns Escoto, el que ha pasado a la posteridad con el nombre de Doctor sutil?

¿Quien es el que inmortaliza la Universidad

---

(13) Ruiz Amado. Historia de la Educación de la Pedagogía.



de Bolonia, sino el benedictino Grocio, honra y prez de la ciencia jurídica?

¿Quién es el que dá nombradía y fama a la Universidad de Salamanca, sino el dominico Victoria, fundador del Derecho internacional?

¿Quién es el que realza con su prestigio la Universidad de Coimbra, sino el gran teólogo y jurisconsulto Suarez?

¿Quienes fueron en su mayor parte los fundadores de Universidades y Colegios universitarios, sino preclaros príncipes de la Iglesia y virtuosos eclesiásticos?

Limitándonos a nuestra Patria, una simple reseña de estas, basta para confirmar este último aserto. El Maestrecuela de Toledo, don Francisco Alvarez de Toledo funda la de la imperial Ciudad. El Cardenal Arzobispo don Gaspar Cervantes de Gaeta, la de Tarragona. Dos eclesiásticos y un seglar fundan la de Santiago, que es dotada esplendidamente por su arzobispo don Alonso de Fonseca. El Arzobispo, don Gaspar de Avalos, la de Granada. Don Pedro de Cerebuna, Obispo de Tarazona, es el fundador de la de Zaragoza. Aquel gran Duque de Gandía, elevado a los altares con el nombre de San Francisco de Borja funda la Universidad de la Ciudad, cuyo título ostentó. Otros muchos más pudiéramos seguir citando, tanto excelsos preladados como los que acabamos de nombrar, como beneméritos sacerdotes, cuyos nombres sería

prolijamente enumerar, y que emplearon casi la totalidad de sus riquezas, frutos en su mayor parte de la vida frugal y modesta que llevaron, en dotar a nuestra patria de muchas más universidades, colegios mayores y otras instituciones docentes; como lo hizo el gran protector de las letras y de las artes, el Ilustre Pedro Alvarez de Acosta, insigne prelado oxomense, quien para promover la educación de la juventud en nuestra querida villa del Burgo de Osma, fundó la Universidad de Santa Catalina, cuyo edificio, hoy Casa Cuartel de la Guardia Civil, constituye uno de los monumentos artísticos, que ufanos mostramos a la curiosidad de nuestros visitantes.

Por contener un elocuente testimonio de esta labor docente de la Iglesia, y que corrobora lo ya expuesto, no podemos silenciar una obra titulada «Historia de la Instrucción pública en la República Argentina» publicación oficial con motivo del Centenario de la Independencia de aquella República, año de 1910, en la que figuran estas palabras: *La América se pobló de Universidades al terminar el siglo XVIII gracias a las Ordenes religiosas.*

Al hablar de la gran labor cultural realizada por la Iglesia en América, no podemos pasar por alto el nombre de la Universidad de Manila, que sostenida por dominicos, compatriotas nuestros, pone tan alto el prestigio de España en aquellas apartadas regiones. En el pasado curso el número

de alumnos matriculados alcanzó la cifra de 3.280: Se cursan las siguientes disciplinas: Teología y Canones; Derecho Civil; Farmacia y Cirugía; Arquitectura; Ingeniería civil y Filosofía y Letras. Reciente está la inauguración de su nuevo edificio, obra del profesor del mismo centro, P. Roque Ruano, y que es en la actualidad el más grande de Manila. Consta de cuatro grandes pisos con seis hermosos laboratorios, que están sobre la terraza. Junto al edificio existe un pabellón, donde se hallan las salas de Anatomía y disección, un anfiteatro capaz para 400 alumnos y además los laboratorios de Patología, Fisiología y Zoología. La mayor parte de los hombres de relieve en el País, han sido formados en esta Universidad, lo que más ha contribuido a que contiene el castellano, siendo el idioma predominante en el Archipiélago.

La Iglesia, después de crear y fomentar los centros universitarios, no podía menos de seguir guardando con ellas íntimas relaciones, que tanto habian de redundar en pro de la Religión y de la Cultura. Prueba de que así era, nos lo demuestra el hecho, de que los canónigos tenían asiento en el claustro de catedráticos; y estos a su vez en el coro de las catedrales. Además en estas solían tener lugar las investiduras del doctorado para cuyo efecto, el cabildo levantaba por su cuenta un tablado en algunas de las naves y suministraba todo lo necesario; y no pocas veces, se



anunciaba desde el púlpito la celebración de algún acto univesitario, como una conferencia, inauguración de alguna nueva cátedra, presentación de nuevo doctor... etc. (14).

Pero la Iglesia, al favorecer a estos estudios superiores no se olvidaba de los estudiantes pobres. Estableció con este fin dos instituciones, que hacía asequible la cultura a personas de humilde condición; y que a la vez sentían inclinación y aptitud para el estudio. La de los estudiantes becarios y la de los sopistas. A los primeros se les pagaba todos los gastos de la carrera con fundaciones sostenidas principalmente por la misma Iglesia.

Así, pues, el Cardenal Gil Albornoz, fundó en Bolonia un Colegio, en donde se daban alimentos y habitación a treinta estudiantes, y en Alcalá, Cisneros creó cinco colegios menores con becas para doscientos escolares. Algo parecido existía en la mayor parte de las Universidades. A los que no podían conseguir alguna beca, se les facilitaba la estancia en ciudades universitarias, con lo que vulgarmente se llamó «la sopa de los conventos». A mediodía, se abrían las puertas de los monasterios. Aparecían varios legos, los que inmediatamente eran rodeados de estudiantes, que en alegre camaradería devoraban la sabrosa comida, que les había sido preparada en el recinto del Monasterio, y que no desmerecía en nada a la que

---

(14) Lafuente. Historia de las Universidades.

otros acomodados pagaban con su dinero, en casas donde estaban hospedados. De esta manera, gentes de humilde condición podían escalar las alturas de la ciencia, que hoy día, a pesar de blasonarse tanto de democracia, están casi reservadas exclusivamente a los privilegiados de la Fortuna. ¡Cuántos nombres, que hoy aparecen en el catálogo de los sabios, nimbados de gloria, no lo estarían, si a ellos no hubiera llegado la protección generosa de la Iglesia! Me limito tan solo a citar uno: El inmortal autor del Quijote, Miguel de Cervantes y Saavedra, que careciendo de recursos, que le permitieran comenzar una carrera, encontró desinteresado apoyo en el Colegio de Sevilla, donde hizo sus estudios de latinidad (15).

Prosiguiendo el estudio de esta labor pedagógica de la Iglesia, reseñemos dos nombres de ilustres pedagogos, que contribuyeron no poco al avance de la cultura: Gersón y Raimundo de Lulio. El primero en su obra *«Del modo de llevar los niños a Cristo»* abarca cuatro puntos principales: de la necesidad de la educación, del desastroso efecto del mal ejemplo, de los beneficios de un buen maestro, y de una exposición apologética de nuestra religión, ensalzando la dignidad del Magisterio. El segundo condensó

---

(15) Navarro Ledesma. El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes y Saavedra.

en su célebre *Arte Magna* sus dotes pedagógicas siendo su personalidad ornamento precioso de la Iglesia, prez y honra de la Orden franciscana y gloria de la Pedagogía cristiana.

Llegamos al siglo XIV. Comienza en esta época la separación de la enseñanza secundaria de la primaria, y tal progreso en los anales de la ciencia pedagógica lo hemos de asignar asimismo a la Iglesia. El Papa Eugenio IV otorga su valiosa protección a los Jeronimianos o Hermanos de la vida común, que en sus colegios comienzan a establecer esta mejora de tan fecundos resultados en la instrucción y educación de la juventud.

En el siglo XV, la Iglesia continúa esta nobilísima tarea educativa por medio del filósofo cristiano Luis Vives quien poniendo como último fin de la ciencia a Dios, creó un sistema pedagógico insuperable, que aun hoy día es indispensable a todo amante de la Pedagogía. En muchas cuestiones, iguala, sino supera a Pestalozzi; y es de notar, como aconseja a los maestros que observen el modo de ser de cada alumno para aprovechar su aptitud, lo que más tarde tanta preponderancia había de adquirir con el nombre de orientación profesional. En el siglo XVII brillará asimismo el genio pedagógico de Fenelón, el preceptor del Duque de Borgoña, que capellán de una institución de señoras dedicadas a la enseñanza, mereció con su actividad en pro de la cultura y sus escri-

tos, que su nombre pasase rodeado de gloria a los anales de la Historia de la ciencia educativa.

Hemos llegado a los días de la reforma protestante, y ¡qué contraste, señores, entre la influencia de Lutero en la enseñanza de la juventud, y la labor de la Iglesia que inaugura nueva época, aún si quereis de más esplendor, en el desarrollo de su misión docente! Creo que es bastante para hacerlo notar, citar primero unas palabras del mismo Lutero, que en un mensaje dirigido a los burgomaestres en 1524 dice «De cada día más experimentamos como en los países alemanes se dejan arruinar las escuelas. Desde que han faltado los monasterios nana quiere hacer a sus hijos estudiar y aprender» (16). ¡Hermosa confesión, señores, del herejarca de triste recordación y que contiene una apología brillante de la labor docente de la verdadera Iglesia de Cristo!. Y mientras que la falsa Reforma de esta manera impedía el progreso de la cultura, la Iglesia da a esta un no pequeño avance con la institución de la Compañía de Jesús. Esta establece numerosos Colegios y moldea su célebre «Ratio Studiorum», en donde se han formado tantos hombres eminentes en las letras y en las ciencias, y que han sido los pregoneros más excelsos de la pedago-

---

(16) Ruiz Amado. Historia de la Pedagogía.

gía ignaciana. Desarrolla esta la parte intelectual a base de una gran unidad y concentración; la parte material con hermosos edificios, gabinetes, museos y demás aparatos científicos; y en lo tocante a la educación física con gimnasios, equitación, excursiones... etc. Entre sus pedagogos más eminentes figuran S. Pedro Canisio, Jerónimo Nadal, José Juvencio, Jacobo Pontano y otros muchos (17).

El mismo concilio Tridentino, no podía olvidarse en sus decisiones de la educación de los pueblos; y en efecto, en su sesión V dispone: «Las Iglesias tendrán a lo menos un maestra que designará el Obispo para enseñar gratuitamente Gramática a los clérigos y demás estudiantes pobres; y por este trabajo se le ha de asignar las rentas de algún beneficio simple. Al mismo tiempo, fruto del Concilio, fueron las Asociaciones de la Doctrina Cristiana, que tanto impulso habían de comunicar a la formación catequística de los niños y de los adultos.

Existen en la sociedad unos seres, que a primera vista parecen destinados a estar siempre sumidos en la más profunda ignorancia. Me refiero a los sordomudos. Sin embargo a estos desgraciados llega también en esta época la mano maternal de la Iglesia para rasgar el velo de la oscuridad de su inteligencia y hacerles llegar los resplandores de la verdad increada por la

(17) Ruiz Amado.—La Pedagogía de la Compañía de Jesús..

fe, y de la creada por la ciencia. Un ilustre hijo de San Benito, Pedro Ponce de León, funda el primer colegio para la educación de sordomudos. Si visitáis el Colegio Nacional, que para la educación de estos anormales, posee la capital de nuestra nación, tendréis ocasión de admirar el monumento que España ha levantado a la memoria del egregio benedictino.

¡Otro título de gloria para la misión cultural de la Iglesia, que ya en siglos anteriores por mediación de San Basilio había comenzado a levantar escuelas para ciegos en Cesárea!

En este mismo siglo y en el siguiente, la protección de la Iglesia a la enseñanza recibe una modalidad nueva.

Hemos visto, que la Iglesia admitía en sus centros docentes gratuitamente a los estudiantes pobres. Cuando en sus estatutos se hablaba de derechos de matrícula o de otra cualquier clase, se añadía esta cláusula «*a no ser que fueran pobres*».

Ahora bien, como si esto aun fuera poco, comienza a otorgar su valimiento a Congregaciones, que tienen por fin principal la educación de los pobres y de los humildes. Hasta ahora, la Iglesia esperaba a que el pobre llamara a las puertas de sus centros docentes para desinteresadamente franqueárselas. En adelante, no esperará. Sera ella misma en persona de sus religiosos, la que baje a la calle, suba al tugu-

rio y entre en la choza, para recoger al niño pobre; trasplantarle a sus bien montados colegios; educarle en la fe, en las ciencias y en las artes; y después devolverle a la sociedad, como benemérito ciudadano de la Religión y de la Patria.

A este fin, aparecen en esta época, entre otras, tres grandes órdenes religiosas: los escolapios, los hermanos de la doctrina Cristiana y los maristas.

San José de Calasanz, al contemplar los males que aquejaban a su época, cree encontrar su causa en el abandono de los niños pobres. Deseoso de poner pronto el debido remedio, planea su futura Congregación, que recibirá el nombre de «Escuelas Pías». He aquí su lema «La instrucción de los niños, tanto en la piedad como en las letras profanas, para que así enseñados, puedan conseguir la vida eterna». Y porque la preocupación del santo eran los niños desheredados de la fortuna, añade: Se debe de proveer de maestros hábiles a los niños pobres, para que los pongan en condiciones de ganarse fácilmente lo necesario para la vida. Sus principios didácticos eran: cultivar la memoria al mismo tiempo que la inteligencia, y enseñar todas las materias de la manera más prácticamente posible. Su plan de Estudios comprendía: lectura, escritura, religión, el cálculo y la teneduría de libros para el comercio y para la administración públi-

ca. En nuestros días la Congregación tiene 121 colegios con 2.100 religiosos que educan a 34.300 niños.

Un canónigo de Reins, hoy en los altares con el nombre de San Juan Bautista de la Salle, es el fundador de otra ilustre congregación de fin análogo. Se proponía, pues, enseñar gratuitamente a los niños pobres, proveyéndoles de maestros hábiles y abnegados. Para esto concibe una idea cuya realización habría de significar un gran adelanto en la Historia de la Pedagogía. Me refiero a la creación de las Escuelas Normales.

No existían hasta la fecha centros de formación exclusivamente para maestros. San Juan Bautista de la Salle los lleva a la práctica. Establece verdaderos seminarios de maestros seculares, a los cuales se les facilitaban alimentos y habitación gratuitamente, a fin de que pudieran imponerse en aquellas disciplinas, que son necesarias para la ardua labor de la escuela. ¡Otra institución, de la que traen origen las Escuelas Normales de nuestros días y que la sociedad debe al influjo benéfico de la Iglesia! El virtuoso fundador establece, además, Escuelas dominicales para adultos hasta de veinte años, enseñándose en ellas a leer, escribir, ortografía, religión, aritmética, dibujo, geometría y arquitectura. Sus principios didácticos fueron otras dos importantes innovaciones en la enseñanza.



Bautista de la Salle sustituye la enseñanza individual por la simultánea. La costumbre, hasta entonces general, de dar la enseñanza a cada uno de los niños, uno después de otro, le pareció imperfecta, pues era difícil evitar la indisciplina y la ociosidad en una clase numerosa. Refiriéndose al maestro dice «No hablará además como predicando, sino que interrogará, sostendrá la atención, despertará las ideas, habituara a los niños a buscarlas por si mismos, y les acostumbrará a la reflexión (18). Era además, costumbre generalmente observada en todas las escuelas, que la lectura del latín debía de preceder a la del idioma nativo. Bautista de la Salle lo invierte y no obstante ser juzgada su innovación como una temeridad excesiva, la llevó a la práctica y el tiempo confirmó la excelencia de la mejora. El 7 de agosto de 1719 expiraba el ilustre pedagogo cristiano, dejando establecidas 23 casas, educandose en ellas 9.885 niños. En la estadística del año 1900, figuraban 20.000 religiosos con dos mil escuelas y 350.000 niños o jóvenes. Cuenta asimismo la Congregación con 114 escuelas normales. En 1746 fundaron los Hermanos de la Doctrina Cristiana la primera Escuela de Comercio, que se registra en los anales de la Pedagogía.

En 1826, un vicario Frances, Marcelino Cham-

---

(18) J. Guibert. Historia de S. Juan Bautista de la Salle.

pagnat, es el fundador de los Hermanos Maristas. Su fin principal era la instrucción gratuita de los hijos de los obreros. Sus célebres métodos pedagógicos conocidos son en el mundo entero. Según una estadística reciente, la Congregación está compuesta por 6000 religiosos que sostienen 700 colegios repartidos en Europa, Asia, Africa, y América.

En 1829 bajo la dirección del abate Juan Claudio Feliz, se organizó la Congregación de Marianistas o Compañía de María, que no solo en Europa, sino también en Oceanía, desplegaron una gran actividad pedagógica.

Otros tres nombres de sacerdotes ilustres hemos de añadir a los ya en esta época citados: el Abad de la Colegiata de Sengan, en Silesia, que dedica todos sus esfuerzos a levantar en su país escuelas populares, y cuyo método pedagógico mereció que el Gobierno Alemán le declara obligatorio en toda la Silesia; Enrique Overbery, trabajador incansable por la dignificación del Maestro; y el P. Gregorio Girard, gran favorecedor del método intuitivo. También ocupa lugar preferente en el movimiento pedagógico católico, la Tercera Orden Dominicana Docente, fundación del P. Lacordaire, que tan fecundos resultados obtuvo, sobre todo, en el Colegio de Souce.

Demos un paso más en este ligero resumen histórico, y nos encontraremos enseguida con la egregia figura de Dom. Bosco, el sacerdote apóstol

de los niños abandonados. No se contentará con enseñarles las primeras letras. Su aspiración es, que el niño aprenda además, a ganarse la vida; a producir para si y para la sociedad. Por esta razón, en la Pedagogía salesiana, el joven desde la escuela pasará al taller, donde se le enseña un medio de vida, con el que pueda decorosamente ganarse el día de mañana su sustento y el de los suyos. Como fundamento de su sistema docente figura la Orientación Profesional. Un ilustre salesiano, el P. Marsan, ha reunido un fichero con fichas de 125 oficios según las cualidades físicas, sensoriales, psíquicas y morales que se consideran necesarias para una profesión determinada. Un año o dos está sujeto el alumno a este sistema de orientación, hasta que determinadas sus condiciones, pasa al taller o al centro donde puede ejercitarse en aprender el oficio o profesión para la que tiene aptitud. Actualmente tienen los salesianos repartidos por el mundo 621 escuelas de artes y oficios; no habiendo limitado su actuación al mundo civilizado, pues los hijos de Dom Bosco han acampado en tierra de misiones y en la Exposición de Turín, celebrada el año 1917, pudieran presentar una banda de música, cuyos componentes eran todos indios besosos del Brasil. Así trabajó por la formación de la juventud abandonada este infatigable apóstol, hoy elevado por Pío XI a los altares, y así siguen trabajando sus abne-

gados hijos, convirtiendo a niños recogidos en medio del arroyo, y que parecían destinados a ser carne de presidio, en hombres honrados, que son el timbre más preciado de gloria de la Institución Salesiana. Según una estadística reciente, los niños que se educan en sus colegios pasan de 150.000

Tocante a la educación femenina, en estos últimos años, merecen citarse, entre otras instituciones, la Congregación de Ursulinas, que sostiene 300 colegios, las Salesas con 164, las del Sagrado Corazón con 140, la de Jesús y María con 48, la Compañía de Santa Teresa, la de San Vicente de Paul, las Jesuitinas, Dominicas de la Anunciata, Congregación de la Sagrada Familia y otras muchas más, que forman preclara corona del esfuerzo de la Iglesia en la educación de la Mujer.

En nuestra Patria, el Congreso y Exposición de Educación Católica celebrado en Madrid no ha muchos años, los Congresos y Asambleas Catequísticas, y Pastorales de ilustres Prelados entre los cuales para nosotros es sabia y prudente norma de actuación en la enseñanza catequística la publicada por nuestro amadísimo Prelado en la Cuaresma próxima pasada, brillante síntesis de la instrucción de los niños y jóvenes constituyen fehacientes pruebas del movimiento católico de nuestros días.

Con letras aureas en los anales de la cultura

nacional, debiéramos escribir el nombre del Instituto Católico de Artes e Industrias, establecido en Madrid, bajo la dirección del culto jesuita P. Pérez del Pulgar, sin igual en España, y acaso en el Extranjero, y que cuenta hoy con 6000 obreros mecánicos, formados un día en el Instituto y en la actualidad repartidos por toda la Península. Reciente está la concesión de la Medalla del Trabajo a su benemérito director y cuyas insignias fueron costeadas por suscripción entre sus numerosos discípulos.

Análoga distinción merecen las Universidades de Deusto y el Escorial, legítimo orgullo de la mencionada Compañía de Jesús y la benemérita Orden Agustiniana que tantos laureles ha recogido en el campo pedagógico confiado a su cuidado.

Los Establecimientos parajóven es incorregibles encomendados a la Congregación de Tercerarios Capuchinos de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de los Dolores, fundación del Obispo de Segorbe, Fr. Luis Amigo y Ferrer, y que en número de siete tienen abiertas sus puertas en nuestra Patria, merecen la más profunda gratitud de la Sociedad.

Modelo en su género es la Escuela de Artes y Oficios de Sarria, regentada por salesianos, y cuyos alumnos han obtenido altas recompensas en varias Exposiciones. Tiene establecidas cuatro enseñanzas; Artes del Libro, de la Madera, del Hierro y del Vestido.

En la educación femenina merece notarse la Institución Teresiana, fundada en Covadonga, año 1911, por D. Pedro Poveda, hoy digno arcipreste de nuestra Iglesia Catedral, y cuyo fin es la educación de las jóvenes en el orden religioso, científico, cultural y social. Cuenta en la actualidad con 17 residencias para señoritas estudiantes repartidas en toda la nación.

Entre los pedagogos católicos españoles de de estos últimos tiempos figura el virtuoso canónigo granadino, Andrés Manjón. Este celoso sacerdote, apóstol de los hijos de los gitanos, es el fundador de un sistema pedagógico, practicado en sus escuelas del Ave María, y que ya es conocido en el mundo entero. Las clases se dan al aire libre, en medio de frondosos jardines. Jugando aprende el niño todas las disciplinas de la enseñanza primaria. El juega a los mandamientos, a los artículos de la fe... etc, para aprender Religión; el construye carreteras, traza ferrocarriles, simula en el suelo ríos, mares, golfos, cabos, etc., para aprender Geografía; el representa en unión con otros niños escenas históricas con trajes de época, para aprender Historia; el, en una palabra, con la sonrisa en los labios y el optimismo en el corazón se impone en todos aquellos conocimientos propios del hombre en los primeros años de su vida. Y tan deleitable hace esta Pedagogía la estancia del niño en la escuela, y tal es el amor que reina en-

tre el maestro y el discípulo, que el ilustre Pedagogo de los cármenes granadinos llegó a conseguir lo que era para el su ensueño pedagógico: que las madres cuando sus hijos molestasen en casa, les amenazaran con estas palabras «hijo, como seas malo, mañana no vas a la escuela» (19).

Análogos resultados se han obtenido en Huelva con las Escuelas del Sagrado Corazón, fundación del que hoy es digno prelado de Malaga. Uno de sus más ilustres maestros, Manuel Siurot, entre los cánones de su escuela ha podido escribir los siguientes: «Si alguno dijere que al niño no se le debe hablar de Jesucristo y enseñarle su santa doctrina, sea excomulgado». «Si alguno pegare a los niños en la escuela, sea excomulgado». «Si alguno hace aprender a los niños lecciones de memoria, como papagayos o loros, sea excomulgado». «Si alguno dijere que S. M. el gráfico no es el rey absoluto de la escuela, sea excomulgado» «Si alguno dijere que el maestro no debe de ser alegre o no debe de jugar con sus discípulos, sea excomulgado». «Si alguno dijera que le molestan el sol y el aire en la escuela sea excomulgado». (20) Así concebía la enseñanza, quien no dudó en expresarse en estos términos. «Para un maestro verdadera-

---

(20) Cada maestrillo... por Manuel Siurot.

(19) Andrés Canjón. Las Escuelas del Ave María.

ramente cristiano, su cotidiana clase debe de ser la acción de gracias de su Comunión diaria». La razón es obvia. Las fuentes de la inspiración pedagógica, como ha escrito el ilustre fundador de las Escuelas del Sagrado Corazón son tres; la observación continua, el cariño en su grado máximo a los niños pobres y la Comunión diaria; la primera, acarreando materiales para la inteligencia del maestro; la segunda, estimulando la voluntad, y la tercera iluminando cuestiones que no por ser de gente menuda dejan de ser grandes, suavizando asperezas e impaciencias, evitando desmayos muy naturales y haciendo de la monótona labor de la Escuela un apostolado amable.

Renuncio a seguir molestando vuestra atención citando mil nombres más de ilustres pedagogos, fruto precioso de la meritoria influencia de la Iglesia en la educación de los pueblos. Me limito tan solo a referir una frase y una bula. La primera es del rey de Francia Francisco I, que la pronunciara al contemplar la Universidad de Alcalá y en ella la obra de aquel hombre, que fué legítima encarnación del espíritu español, Cisneros: *Más ha hecho aquí un sólo fraile que en Francia toda una dinastía de Reyes.*

La bula es la del Papa Gregorio IX, titulada «*Parens scientiarum*» y que muestra por si sola cómo la Iglesia, no solo ha fomentado la Es-



cuela y amado al Maestro, sino que cuando ha llegado el día en que la primera ha sido violada y el segundo despreciado, suya ha sido la voz que se escuchara en defensa de los sacratísimos derechos del Magisterio, incluso cuando estas agresiones partieron de las mismas gradas de un trono. El citado Pontífice en el año 1229 cuando los profesores de la Universidad de París para protestar contra la violación de ciertos privilegios de su Corporación, habían tenido que romper sus relaciones con el monarca y cerrar sus cátedras en señal de protesta, les confirma el derecho que defendían de votarse sus estatutos y les autoriza a emplear, incluso como arma defensiva, la suspensión de la enseñanza. ¡Así, la Iglesia frente al poder de los reyes, culto auditorio, supo no sólo proclamar los derechos del Maestro en una bula, sino también defenderlos cuando el absolutismo de los poderosos quiso imperar en el recinto sagrado que está encomendado a la misión de los encargados de velar por la educación de las muchedumbres: los maestros!

Señores: Si de todo aquello que pertenece al desarrollo de la noble misión de educar a los pueblos, hiciéramos desaparecer lo que por la generosidad de la Iglesia existe en la Sociedad ¿qué nos quedaba? Sería preciso que suprimiéramos la enseñanza gratuita, que la Iglesia teniendo presente aquellas palabras del Evange-

lio «gratis lo recibisteis, dadlo gratis» implantó en el mundo, cuando apenas era conocida en la civilización pagana; no podíamos seguir enseñando a los pobres y a los humildes porque la Iglesia atenta al bien de los desheredados de la fortuna y teniendo presente aquella gran obra de misericordia que se llama «enseñar al que no sabe», fué la primera que se acercó a los hijos de los obreros para poner a su alcance el inestimable bien de la cultura, y esto no sin que fuera como hemos visto, censurada, vilipendiada y ultrajada y precisamente por sociedades que se tenían como ilustradas y que representaban lo que se llamaba la cultura de la época; no deberíamos defender lo que se conoce con el nombre de «Autonomía Universitaria» y «Derechos del Maestro y de la Escuela» porque antes que nadie lo defendió con energía frente a una política absolutista en tiempos de imperante feudalismo la egregia persona de un papa ilustre: fuera menester cerrar lo que hoy se llaman escuelas municipales y nacionales, porque derivadas son de aquellas otras escuelas parroquiales, catedralicias y conventuales, levantadas por la abnegada labor de la Iglesia, pues por lo que se refiere a nuestra patria, y lo mismo pudiéramos decir del resto del mundo, parece cosa fuera de duda que hasta fines del siglo XII no hubo más escuelas que las dependientes de centros eclesiásticos; no nos sería lícito propugnar

que al Maestro se le retribuyera decorosamente su ímproba tarea, pues nadie lo hizo con más largueza que la Iglesia, y si es verdad que el sufrido Magisterio ha pasado por angustiosas estrecheces económicas, también lo es, que esto aconteció cuando la Revolución arrebató aquellos patrimonios eclesiásticos y el Estado o Municipio tuvieron que hacerse cargo de la enseñanza; dejarían de estar en los estantes de nuestras bibliotecas la mayor parte de los códices, conservados por lo que se ha llamado con acierto la paciencia benedictina; tendríamos que volver en nuestras escuelas al método llamado «enseñanza individual» abandonando la «simultanea» hoy seguida en todos los centros de instrucción primaria, porque esta última iniciativa fué de un fraile; no podrían subsistir los establecimientos de segunda enseñanza, porque sobre ellos aun brilla la actividad pedagógica de los Jerominianos; tendríamos que demoler la mayor parte de nuestras universidades, nacidas al amparo de la Iglesia y que muestran en sus frontispicios los escudos de los prelados insignes que las crearan; sería preciso destruir todas nuestras escuelas normales, porque recuerdan en su origen el nombre de Bautista de la Salle; no podrían permanecer en pie multitud de escuelas de anormales, porque aun las ilumina desde su tumba la egregia figura del benedictino Ponce de León; nos veríamos obligados a que dejaran de existir

las becas e instituciones análogas, concebidas por la Iglesia, para que pudieran llegar a la cima de la ciencia los hijos de los pobres; habría que clausurar las Escuelas del Trabajo, porque en su nacimiento llevan el sello del amor a los humildes, que con tanta intensidad brotara del corazón de un santo, de Dom Bosco; tendríamos que eliminar los métodos de orientación profesional, que hoy tanto se van extendiendo, porque primeramente fueron llevados a la práctica por esos apóstoles de la enseñanza popular, que llamamos salesianos; nos veríamos imposibilitados de tener abiertas las puertas de las Escuelas de Comercio, porque en sus mismas entrañas llevan el amor a la cultura de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; no podríamos salir a la calle en busca de niños abandonados, porque no haríamos más que imitar el ejemplo de abnegados religiosos que por vez primera sacrificaran su vida a tan noble causa; tendrían que cesar cuantas consideraciones, que es de sentir no fueran mayores, guarda la Sociedad al Maestro, porque la Iglesia teniendo presente aquellas palabras de la S. Escritura «Los que instruyan a muchos en las vías de la justicia, resplandecerán como estrellas por toda la eternidad» (21) o aquellas otras de S Juan Crisóstomo: «¿Qué cosa hay mayor que dirigir

---

(21) Daniel XII, 3.

las almas, que moldear las costumbres de los jovencitos?» (22) ha sido la primera en concederle prerrogativas, muy parecidas a las que concede a sus más distinguidos ministros y tan claros y expresivos hablan estos hechos y tan imposibles son de tergiversar, que un escritor célebre, que no es de nuestro campo, el fundador del Positivismo, Augusto Compte, escribió en la más importante de sus obras esta frase, aplastante confirmación de cuanto acabamos de decir: *El Catolicismo fué por mucho tiempo el más eficaz promovedor del desarrollo popular de la inteligencia humana* (23).

¡Señores: Profunda veneración era la que sentían los primeros cristianos por los niños. Presentes tenían siempre en su memoria aquellas palabras augustas de Cristo, en la que se nos declara que los angeles de su guarda en lo más profundo de sus immaculadas almas están contemplando la imagen del Padre Celestial. Por eso no os extrañe, que se cuente en la vida de Orígenes, que cuando en los primeros años de su vida estaba entregado al sueño, sigilosamente se acercase su padre para depositar un beso en medio de aquel pecho, aun no manchado con la culpa, y por consiguiente, templo vivo del Espíritu Santo, que en

---

(22) Horn. 60, in Matth.

(23) Cours de Philosophie Positive. Lec. XVI. (t. v.)

ninguna parte habita con más gozo que en los corazones puros e inocentes de los niños. Como el, acerquémonos nosotros también a esas almas infantiles, para depositar en ellas la única y salvadora doctrina que les hará ser hombres perfectos en esta vida y santos en la otra; porque nunca olvidemos, que si es hermoso levantar catedrales, milagos de piedra que simbolizan la fé de un pueblo y en donde se rinde a la Divinidad el culto que le es debido; si es laudable erigir asilos, en donde se refugien los que en el correr de los años han llegado ya a su ocaso y su cabeza blanqueada está por el polvo del camino de la vida y si es meritorio fundar hospitales, lenitivos del dolor, es aun mas hermoso, más laudable y más meritorio contruir escuelas netamente cristianas, porque sin estas, aquellos templos, asilos y hospitales derribados serán un día por el hacha del impío o reducidos a cenizas por la tea del incendiario, y sobre todo, porque en la Educación Cristiana de la Juventud, está la clave de la verdadera prosperidad de la Religión, de la Sociedad y de la Patria.

HE DICHO

